

# Confesiones del estafador Félix Krull Thomas Mann

Nueva traducción al castellano de Isabel García Adánez



Probablemente la novela más juvenil jamás escrita por un anciano, es el más perfecto ejemplo de la ironía que caracteriza buena parte de la obra de Thomas Mann. A tenor de esta concepción estética de la vida, las trampas, los robos y las imposturas acaban no sólo por justificarse, sino incluso por constituir un estilo de vida de moralidad irreprochable.

Thomas Mann, autor de obras tan profundas y reflexivas, como *La montaña mágica*, *Muerte en Venecia*, *Doktor Faustus* o *Los Buddenbrook*, legó a la posteridad una última novela desconcertante, irónica, burlona y probablemente una de las más sagaces y divertidas de todos los tiempos, sin rebajar un ápice su exigencia literaria. Probablemente, no hay modo más divertido de acercarse a este gran clásico de la literatura universal que leyendo esta novela.

## PRIMER LIBRO

## Capítulo primero

Al tomar la pluma para, enteramente ocioso y retirado del mundo —sano, eso sí, aunque cansado, muy cansado (tanto que quizá sólo pueda avanzar en pequeñas etapas y con frecuentes recesos)—, al disponerme, como decía, a confiar mis confesiones al paciente papel con la pulcra y agradable caligrafía que me es propia, me asalta fugazmente la duda de si también por lo que respecta a mi educación y formación previa estaré a la altura de esta empresa intelectual. Ahora bien, puesto que cuanto he de contar se compone de mis experiencias, errores y pasiones más íntimos e inmediatos y, por consiguiente, domino a la perfección el contenido de mi relato, dicha duda afectaría a lo sumo al tacto y al decoro con que puedo contar a la hora de expresarme, y en estos casos no marcan tanto la diferencia, en mi opinión, unos estudios regulares y bien finalizados como el talento natural y el ser de buena cuna. Esto último se cumple, pues procedo de una familia burguesa refinada, aunque también un tanto disoluta; mi hermana Olimpia y yo estuvimos varios meses bajo la tutela de una señorita de Vevey, quien más adelante, como surgiera cierta rivalidad femenina entre ella y mi madre —en relación con mi padre, para más señas—, tuvo que abandonar su puesto; mi padrino, Schimmelpreester, a quien me unían unos estrechos lazos, fue un artista muy apreciado al que toda nuestra pequeña ciudad llamaba «señor catedrático», si bien es posible que tan bello y deseable título ni siquiera correspondiera a su condición; y mi padre, a pesar de ser redondo y orondo, poseía

mucha gracia personal y siempre se esmeraba en expresarse con transparencia y escogiendo las palabras. Por sus venas corría sangre francesa, heredada de su abuela, e incluso había pasado sus años de formación en Francia y, según aseguraba, conocía París como la palma de su mano. Cuánto le gustaba intercalar en su discurso —y, además, con una pronunciación exquisita— giros como «*c'est ça*», «*épatant*» o «*parfaitement*»; también solía decir: «Eso lo voy a *goûter*», y hasta el fin de sus días contó con el favor de las mujeres. Dicho sea esto de antemano y sin entrar en más detalles. En cuanto a mi talento natural para las buenas formas, no puedo sino estar más que seguro de poseerlo, como toda mi engañosa vida habrá de demostrar, y creo poder confiar en él incondicionalmente también para este testimonio escrito. Por cierto, estoy decidido a proceder con sinceridad absoluta en mis anotaciones y a no rehuir los reproches de vanidad o desvergüenza. ¡Qué sentido y valor moral podría atribuirse, si no, a unas confesiones elaboradas desde un punto de vista que no sea el de la veracidad!

\* \* \*

Nací en el Rheingau, esa zona privilegiada que, apacible y libre de cualquier aspereza ya sea en sus condiciones meteorológicas o en la naturaleza de su suelo, densamente sembrada de ciudades y pueblos de alegres moradores, sin duda se cuenta entre las más encantadoras de la tierra habitada. Aquí, a resguardo de los vientos inclementes gracias a los montes del Rheingau y felizmente expuestos al sol de mediodía, florecen esos célebres asentamientos cuyos nombres alegran el corazón del buen bebedor; aquí se encuentran Rauenthal, Johannisberg, Rüdesheim, y también la venerable ciudad de provincias en la que vine al mundo, tan sólo unos años después de la gloriosa fundación del Segundo Imperio Alemán. Un poco al oeste del re-

modo que describe el Rin al pasar por Maguncia y famosa por la fabricación de su vino espumoso, es el principal puerto de amarre de los barcos de vapor que navegan presurosos río arriba y río abajo, y debe de tener unos cuatro mil habitantes. La alegre Maguncia se hallaba, pues, muy cerca, al igual que los distinguidos baños del Taunus, por ejemplo: Wiesbaden, Homburg, Langenschwalbach y Schlangenbad, lugar este último que se alcanzaba en media hora de viaje en un trenecillo de vía estrecha. Cuán a menudo, en la estación templada, hacíamos excursiones mis padres, mi hermana Olimpia y yo, en barco, en coche o en tren, y hacia los cuatro puntos cardinales, pues en todas partes había algo interesante y digno de visitarse, fuera obra de la naturaleza o del ingenio humano. Aún me parece estar viendo a mi padre, con su cómodo traje de verano a cuadros menudos, sentado con nosotros en algún merendero —un poco apartado de la mesa porque la barriga le impedía arrimarse—, disfrutando con infinito placer de un plato de cangrejos acompañado del dorado néctar de la vida. A menudo venía también mi padrino, Schimmelpreester, y, con mirada penetrante, observaba el paisaje y a las personas a través de sus redondos lentes de pintor, absorbiendo en su alma de artista lo grandioso y lo insignificante.

Mi pobre padre era dueño de la empresa Engelbert Krull, que fabricaba la ahora desaparecida marca de espumoso Lorley Extra Cuvée. En la parte baja de la ciudad, a orillas del Rin, no lejos del embarcadero, estaban las bodegas, y de niño yo solía pasear bajo aquellas frescas bóvedas, recorría inmerso en mis pensamientos los corredores empedrados que atravesaban la gran cuadrícula de estanterías, y contemplaba los ejércitos de botellas que reposaban allí semiinclinadas unas sobre otras en sus nichos, en hileras infinitas. ¡Aquí reposáis, pensaba para mis adentros (aunque, evidentemente, todavía no alcanzaba a articular mis pensamientos en palabras tan certeras), aquí reposáis en la pe-

numbra subterránea, y en vuestro interior se clarifica y se prepara ya ese burbujeante néctar dorado que habrá de acelerar algún que otro corazón, que habrá de hacer resplandecer algún par de ojos! Aún os antojáis frías e insignificantes pero, magníficamente adornadas, algún día ascenderéis al mundo de los vivos y, en festejos, en bodas, en saloncitos reservados, dispararéis vuestro corcho hasta el techo con un soberbio estallido para sembrar entre los hombres la embriaguez, la frivolidad y el placer. De un modo similar hablaba el niño; y al menos hasta ahí acertaba, pues la empresa Engelbert Krull concedía una importancia inmensa a la apariencia de sus botellas, a esa última fase de su preparación que en el lenguaje técnico se denomina *coiffure*. Los corchos metidos a presión se sujetaban con alambre de plata e hilo dorado y se sellaban con lacre de color púrpura; sí, un solemne sello de lacre redondo como el de las bulas y los documentos oficiales antiguos colgaba de un cordel dorado bastante largo; los cuellos iban muy bien envueltos en papel de estaño brillante, y los vientres lucían una etiqueta de barrocos bordes dorados, diseñada para la empresa por mi padrino Schimmelpreester y en la que, además de varios emblemas y estrellas, de la rúbrica de mi padre y de la marca Lorley Extra Cuvée, aparecía impresa en oro una figura femenina con brazaletes y collares como único atavío, sentada en lo alto de una roca con las piernas cruzadas y con un brazo levantado para pasarse un peine por la melena que ondeaba al viento. Ahora bien, por lo visto, la calidad del espumoso no acababa de corresponderse con tan deslumbrante presentación.

—Krull —parece ser que dijo mi padrino Schimmelpreester a mi padre—, con todos mis respetos hacia su persona, este champán suyo debería prohibirlo la policía. Hace ocho días me dejé convencer para beberme media botella y mi naturaleza todavía no se ha recuperado de la agresión. ¿Pero con qué vino peleón hacen este brebaje? ¿Es que le añaden petróleo o aguardiente de matar ratas en su com-

posición? En resumen, es puro veneno. ¡Debería usted temer el peso de la ley!

Entonces mi pobre padre se quedó turbado, pues era un hombre débil que no soportaba que le hablasen con dureza.

—Sí, sí, usted búrlese, Schimmelpreester —parece ser que replicó mi padre mientras, siguiendo su costumbre, se acariciaba suavemente la barriga con la puntita de los dedos—, pero me veo obligado a fabricar espumoso barato porque el prejuicio contra los productos locales así lo manda, en fin, que le doy al público lo que espera. Además, la competencia me pisa los talones, mi querido amigo, hasta tal punto que no hay quien lo soporte.

Hasta aquí las palabras de mi padre.

Nuestra villa era una de esas casas solariegas con encanto que, entre suaves laderas, dominan las vistas sobre el paisaje del Rin. El jardín, en pendiente, estaba profusamente adornado con enanitos, setas y toda suerte de fauna de piedra; sobre un pedestal había una bola de cristal muy pulido que deformaba la cara de un modo muy cómico, y también había un arpa eólica, varias grutas y una fuente de la que brotaba una artística composición de chorros y en cuya pila nadaban peces plateados. Pasando ahora a la decoración interior de la casa, todo obedecía al gusto de mi padre, agradable a la par que alegre. Los confortables miradores invitaban a sentarse, y en uno de ellos incluso había una rueda de verdad. Había incontables adornos: figuritas, conchas, cajitas con espejo y botellitas de esencias dispuestas en estanterías o mesitas con tapetito de felpa; había innumerables almohadones de plumas, con fundas de seda o de algún tipo de labor de muchos colores, distribuidos por doquier en sofás y camas turcas, pues a mi padre le encantaba tumbarse en sitios blanditos; las barras de las cortinas eran alabardas, y de los huecos de las puertas colgaban esas cortinas ligerísimas de caña e hileras de abalorios que semejan una pared firme, pero que luego pueden



atravesarse sin siquiera levantar una mano, abriéndose y volviéndose a cerrar con un suave murmullo o tintineo. Sobre la cancela habíamos instalado un pequeño artilugio muy ingenioso mediante el cual, cuando la puerta volvía a cerrarse venciendo la presión del aire, unas delicadas campanillas tocaban el inicio de la canción «Freut euch des Lebens»<sup>[1]</sup>.

## Capítulo segundo

Tal era la casa en la que nací, un tibio día lluvioso del mes de mayo —domingo, por cierto<sup>[2]</sup>—, y a partir de aquí no pienso volver a adelantar nada más, sino que me atenderé con sumo cuidado al orden cronológico. Mi nacimiento, si estoy bien informado, fue muy lento y requirió cierta ayuda de índole artificial por parte de nuestro médico de familia, el doctor Mecum, sobre todo porque yo —si es que puedo denominar «yo» a aquel incipiente y extraño ser— colaboraba muy poco o más bien nada, apenas secundaba los esfuerzos de mi madre y no mostraba el más mínimo afán por llegar a ese mundo que tan ardientemente habría de amar después. Con todo, resulté ser un niño sano y bien formado que se criaba de forma bastante prometedora a los pechos de un ama estupenda. Sin embargo, tras repetidas y profundas reflexiones, no puedo evitar relacionar la inclinación y la facultad para dormir tan extraordinarias que me han sido propias desde pequeño con aquel comportamiento mío tan pasivo y reticente a la hora de nacer, con aquella evidente ausencia de ganas de cambiar la oscuridad del seno materno por la luz del día. Me han dicho que fui un niño muy tranquilo, nada gritón ni llorón, que se entregaba al sueño o al entresueño en un grado muy cómodo para las ayas; y aunque después me atrajeran tanto el mundo y las personas que me mezclé entre ellas con distintos nombres e hice muchas cosas con tal de ganarme su favor, durante la noche y en los brazos de Morfeo siempre permanecía al calor de mi casa, me quedaba dormido con facilidad y placer

sin siquiera estar cansado físicamente, me perdía en el último rincón de un olvido sin sueños y, tras una ausencia de diez, doce y hasta catorce horas, me despertaba más reconfortado y contento que tras los éxitos y satisfacciones del día. Podría considerarse este inusual afán de dormir como una contradicción respecto a la inmensa sed de vivir y de amar que inspiraba mis días, y de la que ya se hablará en el lugar adecuado. Como ya mencioné, he dedicado a este punto una intensa reflexión, y en numerosas ocasiones he creído entender con claridad que no se trata de una contradicción, sino más bien de un caso de complementariedad y correspondencia oculta. Pues ahora, aunque estoy cansado y envejecido, y eso que apenas he sobrepasado la cuarentena, ahora que ya no me empuja entre los hombres ningún nuevo sentimiento de anhelo y que vivo completamente retirado de todo, es justo ahora cuando también mi capacidad de dormir se ve mermada, es ahora cuando me siento como desligado de aquel feliz estado; mi sueño es breve, poco profundo y fugaz, en tanto que antes, en la cárcel, donde tenía muchas ocasiones de dormir, lo hacía aún mejor que en las mullidas camas de los palacios. Pero estoy cayendo de nuevo en el error de adelantar acontecimientos.

A menudo oí decir a los míos que tenía la suerte de los nacidos en domingo, y aunque fui educado lejos de toda superstición, siempre quise conceder a este hecho, unido a mi nombre de pila Félix (así me bautizaron, por mi padrino Schimmelpreester) y a lo refinado y agradable de mi físico, una misteriosa importancia. Es más, la fe en mi suerte y en ser un niño favorecido por los cielos siempre ha estado viva en mi interior, y puedo afirmar que en general no se ha visto defraudada. Si algo hay característico en mi vida es, en efecto, que todo cuanto en ella ha habido de sufrimientos y penas se antoja como algo extraño y en principio no deseado por la providencia, a través de lo cual siempre trasluce mi propio y verdadero destino como un sol de fondo. Tras

esta digresión de carácter abstracto, prosigo esbozando a grandes pinceladas el cuadro de mi juventud.

Al ser un niño fantasioso, mis ideas y ocurrencias proporcionaban muchos motivos de diversión a los habitantes de la casa. Creo recordar bien, y me lo han contado a menudo, que cuando aún llevaba faldones me gustaba jugar a que era el emperador, y al parecer perseveraba en ello horas y horas. Sentado en la sillita en la que mi niñera me paseaba por los senderos del jardín o los pasillos de la casa, por el motivo que fuera bajaba la boca todo lo que podía, de manera que mi labio superior se alargaba hasta lo desmesurado, y al mismo tiempo iba guiñando poco a poco los ojos, que no sólo por la mueca sino también por lo conmovido que me sentía se enrojecían y se llenaban de lágrimas. Y así iba yo sentado en mi cochecito, emocionado ante mi senectud y dignidad suprema y sin decir nada; pero mi niñera se veía obligada a informar de que ignorar mi capricho me causaría el mayor de los disgustos. «Pues aquí llevo de paseo al emperador», anunciaba y, como en el fondo era una ignorante, saludaba llevándose la mano recta a la sien, y luego todo el mundo me mostraba reverencia. Quien más me seguía la corriente en tales casos era mi padrino Schimmelpreester, siempre dado a la farsa, lo cual no hacía sino reforzar mi soberbia. «Miradlo, ahí va... ¡el anciano héroe!», decía, inclinándose hasta lo artificial. Y luego se quedaba junto al camino haciendo de pueblo llano, gritando «¡Viva!» y lanzando al aire su sombrero, su bastón y hasta sus lentes para casi ponerse enfermo de risa cuando a mí, de emoción, me corrían las lágrimas por el labio superior todo estirado.

Este tipo de juego seguí cultivándolo incluso hasta los últimos años de mi infancia, es decir, hasta una época en que, obviamente, ya no podía exigir que los adultos me siguieran la corriente. Pero no echaba en falta que lo hicieran sino que, por el contrario, me complacía en la independencia y autosuficiencia del poder de mi imaginación. Por

ejemplo, una mañana me despertaba decidido a ser un príncipe de dieciocho años llamado Karl, y la fantasía me duraba todo el día, es más: varios días; pues la inestimable ventaja de semejante juego era que no hacía falta interrumpirlo en ningún momento, ni siquiera durante las tan tediosas horas de escuela. Así pues, en mi papel de encantador príncipe de algún lugar imaginado, dialogaba en tono ya sereno ya acalorado con algún gobernador o algún ayudante de campo, y nadie alcanzaría a describir el orgullo y la dicha con que me colmaba el secreto de mi refinada y egregia existencia. ¡Qué magnífico don no será la fantasía, y qué placer logra regalarnos! ¡Qué tontos y desafortunados me parecían los otros niños de nuestra pequeña ciudad, a quienes evidentemente no les había sido concedida esta capacidad y, por lo tanto, no podían participar de las calladas alegrías que me proporcionaba a mí sin esfuerzo alguno, con algo tan fácil como deseárselo y decidirlo! Claro, a aquellos muchachos corrientes de pelo duro y manos rojas les hubiera resultado muy difícil, además de ridículo, intentar imaginarse como príncipes. Yo, en cambio, poseía un cabello suave como la seda, muy raro de encontrar en el género masculino; y como además era rubio, eso, sumado a mis ojos azul grisáceo, contrastaba de forma cautivadora con el tono dorado de mi piel: en realidad, cabía dudar si yo era rubio o castaño, pudiendo calificármese de ambos modos con igual derecho. Mis manos, que desde muy pronto empecé a cuidarme mucho, sin ser demasiado delgadas tenían una forma agradable, nunca sudorosas sino siempre calientes en su justa medida, secas, con unas uñas bonitas...; en fin, un gozo en sí mismas; mi voz, ya antes de que cambiase, tenía algo que embelesaba el oído, de modo que cuando estaba a solas me recreaba escuchándola en felices parlamentos con mi gobernador imaginario, que acompañaba de ampulosos gestos y que, por cierto, formulaba en una verborrea inventada carente de todo sentido. Este tipo de dones individuales suelen ser cosas imponde-

rables que tan sólo pueden determinarse por sus efectos, muy difíciles de describir con palabras incluso poseyendo un talento extraordinario para ello. En cualquier caso, yo no podía ignorar que estaba hecho de una materia más noble o, como suele decirse, tallado de una madera más fina que los demás, y aquí no temo en absoluto el reproche de ser arrogante. Me es del todo indiferente que esta o aquella persona me acuse de vanidoso, pues habría de ser un estúpido o un hipócrita si pretendiera pasar por un tipo del montón; así pues, para hacer valer la verdad, repito que estoy tallado de la madera más fina.

Como crecí en soledad (pues mi hermana Olimpia es varios años mayor), tendía a entretenerme con rarezas y fantasías, de las que acto seguido ofrezco dos ejemplos. En primer lugar, había caído en un afán casi maniático de poner a prueba y analizar en mi propia persona la fuerza de voluntad humana, esa fuerza misteriosa y a menudo capaz de lograr efectos casi sobrenaturales. Como es sabido, las pupilas de nuestros ojos, en sus movimientos, que consisten en su contracción o dilatación, dependen de la intensidad de la luz que reciben. Bien, pues a mí se me metió entre ceja y ceja someter ese movimiento automático de unos músculos independientes a mi voluntad. De pie ante el espejo y procurando vaciar mi cabeza de todos los demás pensamientos, concentraba toda mi fuerza interior en las pupilas para cerrarlas o abrirlas cuando quisiera, y mis tenaces ejercicios, doy fe de ello, finalmente se vieron coronados por el éxito. Al principio, este control interior de las pupilas que me hacía romper a sudar e incluso mudar el color se limitaba a un temblor irregular; más adelante, sin embargo, realmente llegó a estar en mi poder contraerlas hasta convertirlas en puntitos diminutos o dilatarlas para que formasen dos grandes círculos negros como dos espejos, y la satisfacción que me procuró este logro fue de naturaleza casi aterradora y vino acompañada de un escalofrío ante los misterios de la naturaleza humana.

Otra sutileza que por entonces también entretenía mi espíritu y que incluso aún hoy conserva todo su sentido y su encanto consistía en lo siguiente. «¿Qué es más provechoso —me preguntaba—, ver el mundo pequeño o verlo grande?». Y con esto quería decir lo siguiente: los grandes hombres, pensaba, los generales, los principales hombres de Estado, los conquistadores o gobernantes de todo tipo, todos aquellos que se elevan notablemente por encima de los demás hombres, deben de estar hechos de tal forma que el mundo les parece pequeño como un tablero de ajedrez, pues si no tampoco tendrían la frialdad y la falta de miramientos necesarias para llevar a cabo sus planes globales con tanta audacia y sin preocuparse por el bien o el mal de los individuos. Por otra parte, esta forma de ver las cosas como si fueran pequeñas sin duda también puede conducir a que uno no llegue a nada en la vida; pues quien tiene en poco o en nada el mundo y a los hombres y pronto se convence de su insignificancia tenderá a caer en la indiferencia y la pereza para preferir, en actitud de desprecio, la inactividad absoluta a cualquier efecto sobre las almas, eso al margen de que su insensibilidad y su falta de implicación y de esfuerzo ofenderán en lo más hondo a ese otro mundo que sí actúa con seguridad en sí mismo, y así también cortarán las alas a posibles éxitos no intencionados. «Entonces —me preguntaba yo—, ¿es más conveniente ver en el mundo y en el ser humano algo grande, magnífico e importante, que merece cualquier afán, cualquier esfuerzo que contribuya a alcanzar cierto respeto y cierta estima en él?». Como argumento en contra pesaba que, con esta manera de ver las cosas grandes y con respeto, es fácil acabar subestimándose y acoquinándose, de suerte que, ante el muchachito apocado por el temor, el mundo pasa de largo con una sonrisa para buscarse amantes más viriles. Ahora bien, por otro lado, esta credulidad y esta actitud devota ante el mundo también ofrecen grandes ventajas. Pues quien considera todas las cosas y a los seres humanos co-